

Europa y sus lenguas

Por Francisco Rodríguez Adrados,
de la Real Academia Española
18 de junio de 2001

LA inauguración del Año Europeo de las Lenguas me ha sugerido presentar algunas ideas sobre la comunidad entre las lenguas europeas. La Europa real existía antes que la Europa institucional. Europa, «la de anchos ojos», fue raptada por el toro. Y ha dado nombre a un continente que es nuestra Europa. Raptada luego, como dijo Díez del Corral, al resto del mundo.

Querría describir, en una medida pequeña, esa comunidad lingüística de Europa, esta península de Asia. De Asia vienen nuestras lenguas: pero han adquirido una facies especial. No es una comunidad como la de los tiempos en que todos los doctos hablaban y escribían latín, en el Oeste; griego en el Este. Pero es una comunidad cultural ahora también política. Voy a intentar hacerlo ver aquí, en medida muy limitada.

Fundamentalmente, estamos ante un complejo de lenguas indoeuropeas, venidas de Asia (y exportadas, algunas, a todo el mundo). Hay excepciones: lenguas enigmáticas, restos del neolítico, como el vasco y las caucásicas. O restos de invasiones medievales: el finés y el húngaro. En total, no llegan a 30 millones de hablantes (el vasco, en torno al millón). Cifras ínfimas como, dentro del indoeuropeo, el báltico (lituano y letón, 4 y medio), el celta (unos 3), el griego (unos quince).

Dominan las lenguas románicas, germánicas y eslavas; contando con los hablantes extraeuropeos, quedamos, en definitiva, para las germánicas en torno a los 600 millones (por obra, sobre todo, del inglés); para las románicas, a los 550 (por obra, sobre todo, del español y el portugués); para las eslavas, a los 300 (por obra, sobre todo, del ruso).

Son ramas escindidas en múltiples lenguas y dialectos. Pero hechos históricos y culturales han convertido a algunas lenguas en lenguas estandarizadas, propias de grandes naciones: así el español, el alemán, el inglés, el portugués, el ruso, el francés, el italiano. Con menos extensión: el neerlandés, el rumano o el ucraniano. Otras se han quedado dentro de fronteras que abarcan a varias: así el catalán o el flamenco.

O sea: dominan las lenguas indoeuropeas y, dentro de ellas, unas pocas que política o culturalmente han sido las más importantes. Todo viene de las grandes invasiones que llegaron de Asia, digamos que hacia el cuarto milenio antes de Cristo. Luego, la fecha de su difusión varía: los griegos llegaron a Grecia hacia el 2.000 a. C., los germanos se expandieron en torno al 1.000 (y desde el s. II a. C. comenzaron a bajar al Mediterráneo, luego sobre todo desde el V d. C.), los eslavos lo hicieron, sobre todo, desde el VI d. C. Quedaron estratos sumergidos: los bálticos bajo los eslavos, los celtas bajo los germanos. Y el contacto con griegos y latinos cambió fundamentalmente las demás lenguas, las inmergió en la cultura antigua que luego desarrollaron a su modo.

Pero antes de ello, había ya un parentesco entre estas lenguas, hablo de las indoeuropeas, luego reforzado por influjos verticales (a partir del griego y el latín) y horizontales (de unas sobre otras, transportando los influjos verticales).

Este común origen indoeuropeo establece un parentesco que todavía se ve, a poco que uno se fije. Así en el léxico. Para decir «nuevo» el español dice nuevo, el catalán nou, el inglés new, el alemán neu, el antiguo eslavo novu: la relación es transparente (alcanza también al sánscrito navas). Otras veces, para ver el parentesco, hay que conocer ciertas correspondencias fonéticas: español dos, ruso dva, sánscrito dva, inglés two, alemán zwei; griego kléFos `fama´ frente a sánscrito srávas, eslavo slovo). Así, con un poco de atención, los parentescos son claros, innegables. Pero no solo dentro de Europa, también fuera, en Asia.

E igual en la morfología. No es cuestión de verter aquí un saco de erudición, pero las categorías esenciales son comunes, aunque en algunas lenguas han quedado muy reducidas. Así el sistema de los casos en búlgaro, inglés y las lenguas románicas. Igual en varias el género, el número (que el inglés expresa en el nombre, no en el adjetivo), el modo del verbo y muchas cosas más. Pero, en sustancias, las clasificaciones que impone la morfología o permanecen o se eliminan: no hay otras nuevas, propias de otras ramas lingüísticas.

Y permanecen categorías como la del tiempo y la persona del verbo, o la distinción de verbo y adjetivo. Cuando estudiamos las lenguas europeas nos encontramos con sistemas gramaticales familiares. Ha habido una reducción de la morfología, igual que en lenguas asiáticas como el farsi y el hindi. Pero fuera de la fonética y morfología esa familiaridad se estrecha: las lenguas europeas (las de origen indoeuropeo e incluso las otras) forman grupo propio. Los influjos culturales, verticales, desde Grecia y Roma y horizontales de unas lenguas sobre otras, han creado una más o menos aproximativa unidad.

Me estoy refiriendo a sectores como la escritura, el léxico, la sintaxis y los géneros literarios: sectores culturales de inicio griego y desarrollo posterior.

Por ejemplo, a diferencia del sánscrito, el pehlví, el persa (con grafía árabe), el chino, etc., todas las lenguas de Europa se escriben con alfabeto griego o derivado del griego: sobre todo, el alfabeto cirílico del ruso y el búlgaro; y el alfabeto latino de tantas lenguas, incluidas algunas eslavas. El alfabeto latino no es sino un alfabeto griego provincial. Así, en cualquier país europeo (aunque sea de lengua no indoeuropea, como el vasco o el húngaro), al salir a la calle, podemos, más o menos, leer los letreros. Estamos en casa.

¿Y qué decir del léxico, del léxico culto? Fue desarrollado en griego, pasó al latín, del latín fue pasando a las lenguas europeas. El léxico de estas, románicas, germánicas y eslavas, era en el siglo X, digamos, indigente, carecía de palabras abstractas, científicas e intelectuales: las fue tomando del latín helenizado. Y unas lenguas europeas se las pasaban a otras. Y siglo a siglo fueron entrando, así, más y más palabras cultas de origen bien latino, bien griego.

Vean dos ejemplos. Hay montones de palabras en nuestras lenguas que son, sensiblemente, la misma: basta cambiar el sufijo. Decimos en español Universidad, en francés Université, en italiano Università, en inglés University. Decimos democracia, démocratie, democrazia, democracy, democratija, dimokratía. Es curioso: el griego moderno dimokratía no viene del griego antiguo: en la Edad Media griega, época bizantina y turca, no había lugar para la democracia. ¡Tomaron la palabra, griega de origen, del francés! La palabra viajera volvió a su patria.

O vean cómo palabras griegas vuelven a nosotros a través del inglés. Esta es la historia de la tecnología o la cibernética o del nuevo sentido de programa.

Hoy día, en el Diccionario de la Academia, los elementos formativos iniciales (a-, an-, ana-, archi-, bio-, cata-, circum-, geo-, hiper-, peri-, super-) son, en su noventa y cinco por ciento, de origen griego o latino; y son comunes a todas las lenguas de Europa. E igual los finales (-filo, -fobo, -ismo, -ma, -ista, -men, -sis, -tico). Hay estadísticas. Son elementos comunes europeos que facilitan la comprensión recíproca en el mundo intelectual y científico. Las lenguas muertas son lo más vivo de nuestras lenguas.

Diferenciadas por la evolución histórica, pero conservando cierto número de cosas comunes, las lenguas europeas se han aproximado cada vez más, pese a las guerras y las incomprensiones. En cierta medida son una misma lengua. Y lo mismo sus géneros literarios: la épica, la lírica, la historia, el tratado científico o filosófico, el teatro. Es largo de contar, pero sus raíces populares, universales diríamos, han sido recubiertas por el influjo greco-latino y los influjos horizontales del italiano, el francés, el inglés. Y ha surgido algo común: Europa.

Algo que se ha expandido a todo el mundo. Los turcos dicen oteli («hotel»), oto («auto»). Y paralelamente los japoneses